



El Alcalde de Hostoles.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1808.

I.

Si es consecuente cadena
la obra paternal cumpliendo,
hijo es el hoy del mañana
en la herencia de los tiempos,

El porvenir, patria hermosa,
hácia el caos del silencio
con su mano inevitable
te marca un fatal sendero.

¡Ay de tí el día nacido
para el lauro y el desprecio,
en que los hombres levanten
de los hombres el proceso!

Quando enterradas acciones

comparezcan al tremendo
fallo con que hable la historia
ante un mundo venidero,

La sentencia indestructible
frase á frase irá cayendo,
grabada sobre sus frentes,
á los nobles y á los réprobos.

Yo sé que serán tus días
marcados con puntos negros,
patria, como hijos bastardos
de otros que tu orgullo fueron.

Solo brillará en tu noche,
como un relámpago eterno,
un instante que viviste
en muchos siglos de sueño.

Despojada tu cabeza

del casco de los guerreros,
cubiertas tus sienes pálidas
con las hojas de beleño,

En el altar de los héroes
yace consumido el fuego,
y en la estensa Europa tiende
su cabellera el incendio.

Las montañas que te abrigan
despiden torvos reflejos,
y corrientes de gemidos
buscan reposo en sus huecos.

Asomó el águila encima
de los altos Pirineos,
con su salvaje graznido
convocando á sus hijuelos.

¡Oh, qué muchedumbre de alas
oscurece el firmamento
como tempestad sombría
condensándose á lo lejos!

Francia arrojó sobre España
un brazo de aquel tremendo
Cain de la especie humana,
cuya voz siguen ejércitos;

Y las montañas se doblan,
abrumadas bajo el peso
de los carros que conducen
los despojos de los pueblos.

Y las madres palidecen
porque han visto en los aceros
ardientes manchas de lágrimas
que corroen cual venenos.

Blanca bandera los guía,
y batallones sin cuento
en son de paz, según dicen,
llenan de armas todo el reino.

A Portugal van de paso,
bien reposados por cierto,
que no es tan largo el camino
para tomar tanto aliento.

Mas ¡qué! vencedor cansado
Aníbal, en otro tiempo,
de Cápua la placentera
bendijo el dulce sosiego.

De sus cárceles de bronce
libertando rudos miembros,
pidió el manto de escarlata
y la copa de Sorrento.

Quizá, ¡oh patria! ese horizonte
mecido en el blando espejo
de un mar azul é infinito

como el primer sentimiento;

Quizá esos vírgenes bosques,
misteriosos cual sus ecos,
donde la noche murmura
el himno de los recuerdos;

Quizá á los francos detenga
con religioso respeto,
que andando van sobre el polvo
de los héroes y los génius.

O aun mas, la noble arrogancia
de españoles caballeros,
los ojos de sus hermosas,
ardientes estrellas de ébano;

Flexibles cuerpos de ondinas,
santuarios de amor sus pechos,
y una leyenda cada alma
de románticos ensueños.

Tierna alianza de sonrisas
van á su paso ofreciendo;
francas todas las moradas,
todos los brazos abiertos.

Cual dos familias de hermanos
que en cariñosos festejos,
la del pobre á la del rico
su paz le brinda y su techo.

¿Quién de tanto amor se aleja?
lazos de agradecimiento
anuda el largo hospedaje
cuando es tributo de afecto.

¿Mas por qué entonces se llevan
al rey, que, aunque malo, es nuestro?
¿por qué se encierran las tropas?
¿por qué tanto alarde bélico?

¿Por qué erizan de cañones
los castillos y los puertos?
¿quienes mandan lo consienten?
O es traicion, ó es estar ciegos.

Hervia por las ciudades
la inquietud del descontento,
y las noticias volaban
como aves de mal agüero.

España ansiosa contempla
el tenebroso misterio;
rica es la joya, las armas
son impulsos del deseo.

Seducidos ó intrigantes
los que en alto ministerio
sobre el nivel de los hombres
á ser su escudo subieron.

Mas ¡ay del cruel, si el pacífico

enarca el sufrido ceño!
¡ay! si la tímida madre
—«¡anda!»—le dice al mancebo.

Y —«¡anda!»—repite la esposa
sobre el bendecido lecho,
y —«¡andad!»—la pátria ultrajada
ruge, el dogal sacudiendo.

Y allá el tambor resonante,
voz estentórea del génio
de las batallas, despierta
á las furias del averno.

II.

La tarde del Dos de Mayo,
¡amarga fecha de duelos,
y en el libro de la humana
dignidad, segundo ejemplo!

Por las campiñas de Móstoles,
lugar humilde y pequeño,
que á la córte por vecinos
tributo dan sus graneros,

Mal sufrido y bien honrado
impaciente vaga el pueblo,
á sus temores, sin duda,
mas que á su labor atento.

Torcidos lleva los surcos,
pero los ojos derechos
al horizonte lejano,
donde ve de tiempo en tiempo

Alzarse humeantes columnas
de enrojecidos estremos,
grupos de gentes que vienen
y traen en el rostro el miedo.

A su secretario miran
volver, de coraje trémulo;
enviado fué á la córte
por voluntad del concejo.

Y antes que todos se acerquen,
separándole en secreto,
cosas ha dicho al alcalde
que le han arrancado un terna.

A grandes pasos caminan;
los vecinos van reuniendo;
por las calles desemboca
el amotinado séquito.

Y la casa de la villa,
los escalones subiendo
dos á dos y cuatro á cuatro

tras del alcalde, invadieron.

La vara lleva en el puño,
en la otra mano el sombrero,
en redecilla y coleta
cogido el blanco cabello.

Gruesa la cara expansiva,
chaqueton de paño negro,
media verde alagartada
y calzon corto y estrecho.

Anchos zapatos de hebilla;
bien formado y bien dispuesto,
hombre de vasta labranza,
buen amigo y mejor deudo.

Pero aunque afable en llaneza,
es en justicia severo,
y no hay pequeño ni grande
á quien deje impune un tuerto.

Cuadrada y luenga es la estancia;
gris la pared, alto el techo,
que sostienen y atraviesan
vigas de gordos maderos.

Un balcon llenando el fondo,
un cuadro hay que cubre un lienzo,
y un gran sillon de baqueta
debajo del cuadro puesto.

Una ancha mesa delante,
un Cristo en ella, un tintero
y un esquilon, y á los lados
varios escaños modestos.

Ya está el alcalde en su silla,
los labios muérdese inquieto;
cuantos tienen voz y voto
van á ocupar sus asientos.

Y de las puertas afuera,
como apretado hormiguero,
el vecindario se apiña,
y la sesion dá comienzo.

ALC. ¿Estamos todos, señores?

SEC. Todos estamos dispuestos.

ALC. A empujar la nave sea,
que soplan muy malos vientos.

Pues en el nombre del Padre,
persígnense lo primero;
corro al cuadro la cortina,
toco á cabildo, y silencio.

SEC. Pueblo, atrás; las puertas cierren.

ALC. Eso no, concejo abierto;
que para heridas de afrenta
no hay en la pátria otro médico.

Es su cuita, y no la mia,

:

la que ahora exige remedio, si sus vidas hacen falta, han de ofrecérmelas ellos.

Concejo abierto, vecinos, y aquí, en presencia del dueño, natural Señor, que toda justicia está presidiendo.

Guárdeos Dios, rey don Fernando; los reyes nunca están lejos, pues, con su deber, los lleva cada vasallo en su pecho.

Por la gracia de Aquel que hizo cuanto vemos y no vemos, y derrama en nuestros campos la alegría y el sustento.

Por aquella Inmaculada, allá esperanza, acá ejemplo, madre, reina y salvadora, rosa mística del cielo.

Estamos aquí, vecinos, con cuidados harto serios, mas con las manos holgando, cuando está nuestro rey preso.

Alcalde soy, fiel me llaman, español nací, honra tengo, y una vida y una vara con que juré defendello.

Y es de un roble tal, que nunca encorvar pudo un extremo, y tal pesa, que parece que es el brazo de Dios mismo.

Decidme ante ella, que hiciérais del ruin, cobarde y artero, con quien partís generosos los brazos, y el pan, y el lecho,

Si trama de agradecido mataros en él durmiendo, para alzarse con la herencia que habeis de padres á nietos.

No mas de porque él la quiere, no mas de porque sois buenos, y no mas de porque dice que la fuerza es el derecho.

UNOS. ¡Matarle!

OTROS. Echarle en pedazos á los buitres.

ALC. Algo es eso; mas ni es buena para buitres la carne de los infernos.

En fin, hable el secretario,

que si dá materia el cuento, barrunto que hay que hacer una que suene en el universo.

SEC. Sí; cien hordas de franceses, que en fé de amigos vinieron al regalo de las casas de los nobles madrileños,

No sé por dónde pensaron que este es un país de negros, que aquí no hay sangre en las gentes, ni hay mas garantías que... ¡fuegò!

Que el rey era un rey de palo, ¡pardiez! y á arrancarle fueron las hojas de su corona, que son castillos del pueblo.

Y engañado, que no en lucha, nos le llevan prisionero... accion que mejor parece de ladrones que de imperios.

Al ir tambien los infantes, se agotó ya el sufrimiento, y á las puertas de palacio esperó el leon rugiendo.

En cuanto el pórtico salvan, ruedan caballos al suelo, salta en trizas el carruaje, y sirven de armas los restos.

Todos. ¡Bien, viva Madrid!

SEC. ¡Sí, viva!

UNO. Yo haria lo mismo.

ALC. Veremos.

Siga el señor secretario, y acuérdate para luego.

SEC. Un batallon de franceses llega á palacio al estruendo, y horrible descarga suena sobre el gentío indefenso.

ALC. ¿Sin otra advertencia?

SEC. Nada.

ALC. ¡De héroes son todos sus hechos! puede ser que mientras vivan les esté zumbando el eco.

SEC. Todos con gritos de muerte desparrámanse corriendo... ¡lo que empezó por las calles, señores, fué un horror verlo!

No quedó piedra con piedra, no quedó francés con hueso, no quedó cuchillo ocioso, ni brazo inútil por viejo.

¡Y oíanse los cañones
como un redoble de truenos,
y atascábanse las ruedas
en los charcales de muertos!

Casa á casa, palmo á palmo,
ruina á ruina...

ALC. En fin...
SEC. ¡Cedieron!

TOD. ¡Ah!
SEC. Les brindaron con treguas.

ALC. Primera astucia del miedo.
SEC. ¡Oh, sí! despues... ¡pobres madres!

¡pobres inocentes huérfanos!

ALC. Siga sin lamentaciones,
que es predicar en desierto,
que en el dia de las obras

lágrimas no son remedios.
SEC. Señor, ¿no habré de sentirlo?

¡Perdí un hermano!

ALC. Pues siéntalo
si es para honrarle; mas calle
si no es su hermano en esfuerzo.

SEC. Seré: despues, cuantos iban
á sus trabajos saliendo,

en la inícuca paz fiados...
ALC. ¡Fiar del lobo el cordero!

SEC. Prenden, llevan á empellones
veinte á veinte, ciento á ciento,

niños, ancianos, mujeres,
sacerdotes... ¡y hasta enfermos!

Y una, y otra, y cien resuenan
crueles descargas sin término.

¡Dios los perdone!... ¡y zumbaban
unas brisas de lamentos!...

A las huérfanas familias
llevando un último beso,

¡triste adios de tantas almas
á sus hogares paternos!

ALC. Diga si hay mas.
SEC. ¡Mas, Dios mio!...

Pues sí, que un amo extranjero
nos trae Napoleon.

ALC. Ese hombre
debe haber perdido el seso!

¿Cree que se siembra un monarca
como se siembra un ciruelo?

¿cree que hay semilla que arraigue
si no la quiere el terreno?

¿Podrá ser padre en mi casa
hombre que entró á sangre y fuego?

¿podrá amar á nuestros hijos
quien no ha crecido con ellos?

¿Quién de Dios mismo recibe
otra lengua, otros afectos?

¿El que abandonó su pátria,
vendrá á la estraña á ser bueno?

SEC. Madrid llora de vergüenza,
de coraje, de horror... pero

¡ay! yace en calma de muerte,
ya no puede hacer mas que ha hecho.

ALC. Bien; en nombre de la pátria
bendigo yo su ardimiento:

señor secretario, escriba
gordo y claro, que protesto.

Ea, de rodillas, vecinos,
á rezar un Padre nuestro

en pró de aquellos valientes,
que premie el mundo en recuerdos.

La pátria es madre de todos,
una familia es un pueblo,

¡lleven los pobres hermanos
una oracion á lo menos!

...
¿Qué hace el ejército?

SEC. Nada.
ALC. ¿Pues por qué se llama ejército?

SEC. Su general le ha encerrado.

ALC. ¿Y no saben salir ellos?
¿Y el rey?

SEC. Abdica.
ALC. No vale.

SEC. Lo hizo...
ALC. Que no vale; dentro

de su nacion, sí.
SEC. A la fuerza...

ALC. ¿Teme á la fuerza? ¡Lo siento!
¿Qué hace España?

SEC. Calla y gime.
ALC. Bien, ¿y nosotros qué hacemos?

UNO. ¡Nosotros!!
ALC. Ahora nos toca

hablar poco, pero récio.
¿Quién manda en España?

SEC. Manda...
Murat.

ALC. Por Dios que no es cierto,
que aquí estamos en España,

y ese aquí no mete el cuevo.
Visto, en fin, que ingratos vienen

á robarnos encubiertos;

visto que en Madrid la honrada
sangre está clamando al cielo;

Visto que desamparados,
sin rey, tropas, ni gobierno,
juran ser libres, y mueren
encima del juramento;

Vecinos, yo me levanto
con una vida que tengo;
por mas fuerte que mis hijos,
Dios me manda defenderlos.

UNOS. ¡Viva nuestro bravo alcalde!

OTR. ¡Donde vaya, seguiremos!

TOD. ¡Todos!

ALC. Gracias, hijos míos,
donde hay vergüenza se hace esto.
¿Qué franceses Madrid tiene?

SEC. Cincuenta mil, por lo menos.

ALC. ¡Gente traen! Aquí esperamos...
este monton, no lo cuento.

Soldados desde ahora somos
soldados y no labriegos;
á la fragua los arados,
para hacer chuzos con ellos.

SEC. Vecinos, Dios nos ayude.

ANC. Señor... mira que no es cuerdo...

ALC. Móstoles tambien es pátria;
¡quien se vuelva atrás, le cuelgo!

UNOS. ¡Armas, armas!

OTROS. ¡A la guerra!

ALC. Dejadme acabar, silencio;
hágase con órden todo;
el heroismo es sereno.

Armas os pondré en las manos,
cuenta con los atropellos,
que las armas son blasones,
ó deshonra de los pueblos.

Portarnos como quien somos,
y morir como debemos;
dadme esos brazos, que sean
de nueva España el cimientó.

Ocho siglos de constancia
con los moros concluyeron,
y un hombre empezó á matarlos
á pedradas, desde un cerro.

Nuestros hijos y sus madres
al Señor encomendemos,
y se ha de salvar la pátria;
¡tengo confianza en el cielo!

Toquen tambor, á la plaza;
voy á dar un manifiesto

á toda la faz del globo.

TOD. ¡Viva!

ALC. Se acabó el concejo.

III.

¡Ya no hay un hogar tranquilo,
ya ni los muertos descansan,
todo el mundo se revuelve
para hacer la guerra á Francia.

El clamor cunde en las calles,
vacianse las moradas,
y parece que un incendio
por la villa se derrama.

De venerables rincones
salen á luz viejas armas,
y polvo y muebles se hacinan
á las puertas de las casas.

Descoyuntados trofeos
de mosquetes, cotas, mazas,
que la tradicion cubria
de tranquilas telarañas,

Y en los mas oscuros huecos
al trocarlos por azadas,
los abuelos sepultaron,
por si otra vez hacen falta,

Llenos los filós de mellas,
llenas las hojas de manchas,
para pleitos de honra breve,
pero enérgica enseñanza.

Y si algun dia sus hijos
en cuita apremiante se hallan,
hé aquí el resorte, el consejo
que á ellos les sacó de tantas.

Aceros nobles dos veces,
que dos historias consagran,
para hacer la guerra al moro,
para hacer la guerra á Francia.

Allá resuenan chirridos
y enormes pesos se arrastran,
allí el batir contundente
de forjas, martillos y hachas.

Por allá ruedas empujan,
allí herraduras machacan,
á improvisar proyectiles
y torrentes de metralla.

En corrillos los mancebos
sus atalajes ensayan,

consultando con las fuentes
lo que podrá su arrogancia.

Y por Dios, que si las cumplen,
prometen tales hazañas,
que el mas modesto de todos
sobre el Cid sube una cuarta.

De oírlos están las mujeres
dando vueltas y azoradas
como palomas de un bosque
que hierro enemigo tala.

Lloran unas por su esposo,
otras por su hijo del alma,
y otras por la dulce cuita
que muere en flor de esperanza.

Esta reza en su aposento,
esta corre á las ventanas
á ver si el amor que llora
se olvida ya de mirarla.

Los ancianos silenciosos
ya no siembran, ya no labran,
sino el campo de la muerte
con semilla de venganza.

Los que pueden con la fuerza,
los que no con las plegarias;
¡parece el último día
de otra arrogante Numancia!

Los que el peligro calculan
si lo temen se lo callan,
que al fin todo es dar la vida
para hacer la guerra á Francia.

La naturaleza solo
está tranquila, está plácida
rebotando en lumbré y pompa
sobre mantos de esmeralda.

Rica en hirvientes murmullos
de las selvas solitarias,
y en perfumes y armonía,
y en horizontes de gasas.

La cubre un flotante Océano
con inmensas ondas pálidas,
cortina que el universo
de otro universo separa.

Abismo negro á la noche
que en polvo de oro brillantan
cien mil capullos de soles
del templo infinito lámparas.

¡Ah, qué brillantes parecen
desde su inmensa distancia,
esa lluvia de ambrosia

que en las flores vierte el alba!

Y se abren nubes de lirio
de su cáliz vertiendo auras
como labios de una vírgen
que el primer suspiro exhala!

¡Qué indiferente ve el cielo
las catástrofes humanas!
ni una rosa palidece,
ni un cefrillo se espanta.

Cae un imperio entre sangre
y alaridos de batalla,
y por oriente las nubes
su espléndido sol levantan.

Y está el firmamento puro,
mécense ledas las aguas,
y los bosques y las aves
de himnos y aromas se embriagan.

¡Oh, gran Dios! ¿nada te mueven
de tus hijos las desgracias,
á Tí que oyes los suspiros
aun dentro del pecho que amas?

¿Será esa pompa un halago
de protección soberana
á los que humildes te imploran
para hacer la guerra á Francia?

Míralos, Señor; ya en torno
á la bandera de España,
algo piden y algo esperan
que ya á su impaciencia tarda.

Está de hombres y mujeres
de bote en bote la plaza,
como zumbido de abejas
hierva un rumor de palabras.

Un prolongado ¡ah! de gozo
circula al fin en las masas,
y en general movimiento
todos los cuerpos se avanzan.

Que ya el gran balcon se ha abierto
y ya el alcalde adelanta
con un papel en la mano
y en la otra mano la vara.

Disipa el viento el murmullo,
queda un silencio... una calma...
en qué se oye el vuelo rápido
de los pájaros que pasan.

Vibra la voz, lee:

«Españoles:

»el francés huella la España,
»Madrid fué la primer víctima

»del honor y de la infamia.

»Guerra al francés; todo el mundo
»acuda á salvar la patria.
»—Hoy dos de Mayo.—El Alcalde
»de Móstoles, puesto en armas.»

Bien, ya está el guante en la arena,
firme el retador aguarda;
ya hay un pueblo, por lo menos,
para hacer la guerra á Francia.

IV.

Y aquella voz del pueblo valeroso,
como cruza el ambiente una centella,
dejando en pos de sí rastros de fuego,
corrió en alas del genio de la guerra.

A mover las cenizas de Pelayo
en su honda tumba de erizadas peñas,
del Santo Rey la espada formidable,

llave que abrió las sevillanas puertas.

La corona labrada en ocho siglos
aun tibia del calor de sus cabezas,
sin caer bajo el gran peso de rodillas
no sostendrá una frente aventurera.

Y se interpuso la nacion sin armas
al Marte horrendo y su legion de fieras,
que vió la primer mancha en sus blasones,
y caer el primer rayo de su estrella.

Y pardiez, que menguados en altura
los vencedores de Austerlitz y Gena,
mostraron que del hombre sobre el hombre
la virtud es la sola fortaleza.

¡Ejemplo eterno de los pueblos libres!
al grito de Dios, patria, independenciam,
del pérfido borron del Dos de Mayo
fué la revancha á razonable cuenta.

Ya el idolo feroz de aquellos vándalos
iba á subirse en pie sobre la tierra;
y un pobre alcalde, con su tosca vara,
desquició el pedestal de su grandeza.

J. C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,

Carretas, 9.ª

MADRID: 1871.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,

Rollo, 6, bajo.